

Pórtico de Santiago

ÉRASE una vez un hombre que en sus tierras de Europa soñaba con un lugar lejano, propicio para la oración y la penitencia, del que los libros- y otros hombres más viejos- contaban maravillas.

Un invierno, cuando ya declinaba el duro imperio de la nieve, se echó al camino con el alma colmada de deseos. Anduvo el mediodía de su patria. Por el indicio de las flores alcanzó un país extraño, donde el sol lucía largas horas cada jornada. Las gentes miraban al extranjero como si esperasen su paso desde siempre. Le daban pan y vino, y le hacían sitio junto a su corazón.

El camino era largo y rudo. Pero el viajero seguía andando, andando, en busca de la casa del Apóstol, guiándose por las estrellas.

El mes de Mayo -joven y fresco bajo los ramos verdes- salió a recibirle a las puertas de una comarca donde la luz brillaba aún más hermosa. Dicen que otros forasteros, venidos en tiempos remotos desde Roma, pusieron el nombre de «vergel» a aquel valle de bienandanza.

El peregrino quiso allí reposar, a la sombra de una noble villa. Bebió el vino de la amistad. Bañó su cuerpo en las aguas claras de dos ríos que luego se hacen uno. Oyó canciones que hablaban de amor bajo los castaños. Y cuando quiso reanudar el paso bajo las señales del firmamento, sintió en el cuerpo la pesadumbre de la enfermedad.

Pero en aquella ciudad, que era como antesala del Apóstol, los hombres recordaron un privilegio antiguo para quienes cayeran abandonados de sus fuerzas corporales. El penitente cumplió allí mismo los mandatos y quedó libre de sus culpas. Fue como si un aire de siglos soplara sobre los viejos textos desempolvándolos, llenándolos de nueva vida. Y el peregrino pudo regresar hacia su patria con el corazón ligero como un pájaro.

Cuentan que así aconteció por el tiempo de perdonanzas de 1965. Y habrá romances que lleven el suceso de boca en boca, porque aquélla es una tierra de bendición, donde cada año nacen en punto las rosas y los poetas.

Antonio Pereira